

## **Ni crisol de razas, ni pluralismo cultural: pluralismo social. Migraciones y pautas matrimoniales en una ciudad patagónica (Neuquén, 1960-1990)**

**Joaquín Perren**

Centro de Estudios de Historia Regional

Unidad Ejecutora en Red “Investigaciones Socio-Históricas Regionales”

Universidad Nacional del Comahue - CONICET

Argentina

[joaquinperren@gmail.com](mailto:joaquinperren@gmail.com)

### **Resumen**

Este trabajo pretende aproximarse al problema de la integración de los migrantes en sociedades de crecimiento explosivo. Para ello, centra sus reflexiones en un caso particular: la ciudad de Neuquén (Patagonia, Argentina) en el periodo comprendido entre 1960 y 1990. Tomando en consideración los comportamientos matrimoniales de migrantes de diferentes orígenes, tanto intra e interprovinciales como trasandinos, el texto intentará discutir los alcances de categorías como las de *melting pot*, pluralismo cultural y pluralismo social. El trabajo analiza un corpus documental compuesto por cerca de tres millares de actas matrimoniales extraídas del Archivo de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.

**Palabras claves:** Estudios migratorios - Estudios urbanos - Demografía histórica - Historia Regional

***Neither melting pot, not cultural pluralism: social pluralism.  
Migration and marriage patterns in a Patagonian city  
(Neuquén, 1960-1990)***

### **Summary**

This work aims to approach the problem of the integration of migrants in societies of explosive growth. For that purpose, it focus in a particular case: the city of Neuquén (Patagonia, Argentina) in the period between 1960 and 1990. Taking into consideration the marriage behavior of migrants of different origins, both



intra and inter-and trans-Andean, the text will try to discuss the scope of categories such as melting pot, cultural pluralism and social pluralism. The paper analyzes a documentary corpus consisting of about three thousands of marriage records taken from the Provincial Archives of the Civil Registry Department of Neuquén.

**Keywords:** Migratory studies - Urban studies - Historic demography - Regional history

## 1. Introducción

No resulta novedoso señalar las dificultades que debe enfrentar un cientista social a la hora de construir la base empírica para estudiar los fenómenos migratorios en Argentina. Este problema es especialmente evidente en el caso que nos ocupa: la ciudad de Neuquén. Decimos esto por dos motivos: el primero se relaciona con la escala sub-provincial de nuestra observación, mientras que el segundo se vincula a la insuficiencia de los criterios estadísticos usualmente utilizados para agrupar la población. Los censos nacionales, por ejemplo, nos ofrecen un corpus de información que, al estar organizado en grandes categorías espaciales, colabora muy poco a la hora de analizar procesos migratorios que operan a una escala inferior que la provincial. Los relevamientos realizados por el Estado neuquino no escapan a esta situación. Salvo un puñado de estudios basados en registros vitales, la tónica seguida por la burocracia estadística neuquina ha sido reproducir fielmente los criterios censales adoptados a nivel nacional.<sup>1</sup> Esto nos deja frente a fuentes que tienen a la provincia como escenario por excelencia y al clivaje argentino/extranjero como principal variable diferenciadora. De ahí que los procesos migratorios intra-provinciales hayan permanecido por fuera de la mirada estadística, al igual que los flujos entre diferentes provincias argentinas que, aunque fueron contemplados a través de sus *stocks*, no fueron analizados a nivel departamental y, mucho menos, al interior de una ciudad en particular.

Estos obstáculos heurísticos nos obligan a formular una pregunta tan obvia como difícil de contestar: ¿cómo estudiar un fenómeno que escapa a los registros estadísticos tradicionales?

Una forma de hacerlo es por medio de una de las pocas huellas cuantificables

---

<sup>1</sup> En el caso de Neuquén, salvo el censo provincial de 1965, no observamos una preocupación por crear insumos estadísticos para el análisis de la movilidad territorial intra-provincial (por ejemplo: formularios post-censales o relevamientos especiales). En el caso del Censo Nacional de 1991, aunque contamos con información a nivel de radio censal, hemos decidido descartarla para el presente estudio porque resulta difícil de comparar hacia atrás. Para aprovechar este tipo de información, al igual que la brindada por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), hemos hechos estudios particulares sobre esa fecha censal (Perren, 2011 y 2012).

dejadas por los migrantes: las actas matrimoniales. Esta decisión no deja de traer inconvenientes. La documentación registrada en ocasión del contraer nupcias nos brinda información confiable sólo sobre una porción del espectro de la movilidad territorial. Si bien nos aproxima a los migrantes que deciden establecerse en la ciudad por un considerable lapso de tiempo, nos dice muy poco sobre otras variedades migratorias. Los desplazamientos temporales son fenómenos que escapan a una observación basada en las actas matrimoniales y, por lo general, a cualquier análisis basado en documentación nominal. El recurso de la movilidad constituye, en estos casos, parte de una estrategia familiar que tiene como escenario a los espacios de expulsión y, por ese motivo, no supone un viraje definitivo en la trayectoria de quien decide trasladarse. Lo mismo sucede con los *commuters*. Esta categoría, en gran medida histórica, incluye a quienes, pese a desarrollar su vida profesional en una ciudad, tienen su domicilio en otra que les permite acceder a la propiedad o bien enfrentar un menor costo de vida. Las actas de matrimonio elaboradas por el registro civil neuquino no pueden capturar este fenómeno, pues su jurisdicción sólo abarca al ejido municipal de la capital provincial. De todos modos, el acceso generalizado a la propiedad urbana, tanto por la vía de la compra o bien por medio de una ocupación *ad hoc*, restó chances a poblados cercanos de consolidarse como receptoras de población en tránsito.

Junto a las migraciones temporales y a los *commuters*, existen al menos otras tres subpoblaciones, estadísticamente relevantes, que escapan a un análisis basado en las actas matrimoniales: aquellos que permanecieron solteros, quienes dieron curso a uniones de hecho y, en menor medida, los que optaron por segundas y terceras uniones una vez separados o divorciados (o enviudaron sin casarse legalmente la segunda vez).<sup>2</sup> Sobre las dos últimas, quizás convenga realizar algunos comentarios. No estaría mal si las pensáramos como emergentes de un proceso de largo aliento y vasto alcance geográfico. Neuquén, como no podía ser de otra forma, fue protagonista de la llamada “crisis del matrimonio”, que afectó a las sociedades occidentales durante la segunda mitad del siglo XX. A nivel nacional, la incidencia de la cohabitación como modalidad de unión se ha incrementado desde comienzos de la década de 1960, registrando una notable aceleración luego de 1980.<sup>3</sup> El segundo andarivel por el cual circuló la inestabilidad de la

---

<sup>2</sup> Otra subpoblación, bastante menos importante desde una óptica cuantitativa, que escapa a un análisis basado en las actas matrimoniales son quienes mueren jóvenes, antes de tener la posibilidad de casarse.

<sup>3</sup> Las uniones consensuales representaban el 7% del total de uniones en 1960 y llegaron al 27% en 2001; es decir, casi se cuadruplicaron en un lapso apenas superior a cuarenta años (Cfr. Torrado, 2007: 423).

institución del matrimonio fue el creciente peso del divorcio. Sabido es que, luego de 1987, se sancionó la ley de divorcio que dio a la población la posibilidad de reincidir en el matrimonio, siempre y cuando hubieran transcurrido tres años desde la boda o pueda probarse una separación de hecho de la misma extensión (Torrado, 2007: 427-431).

Pese a estas limitaciones, las actas matrimoniales nos ofrecen una mirilla desde donde observar numerosos procesos desarrollados en una ciudad de explosivo crecimiento como Neuquén. En otros trabajos, concentramos nuestra atención en la inserción laboral y las pautas residenciales de los migrantes llegados a la ciudad entre 1960 y 1990 (Perren, 2007, 2008, 2009 y 2010). En las próximas páginas trataremos de analizar las formas en que estas variables se relacionan a la hora de seleccionar una pareja.

Pero, ¿qué importancia puede tener estudiar un hecho tan personal y, por momentos, insondable como la formación de un matrimonio?

Más allá de los enigmas que entraña este hecho, sólo asequibles mediante estudios biográficos, lo cierto es que una observación lo suficientemente amplia nos permitiría detectar ciertas tendencias y disminuir el peso de los factores individuales.<sup>4</sup> A grandes rasgos, podríamos decir que los matrimonios nos brindan pistas alrededor de tres aspectos íntimamente imbricados (Devoto, 2003: 329). Las personas se casan, como es lógico imaginar, con alguien a quien conocen personalmente, ya sea con anterioridad al desplazamiento o bien en el marco de algún espacio compartido en la ciudad. Las pautas matrimoniales desnudan, además, ciertas convenciones acerca de lo que constituye un “buen matrimonio”. Una elección “conveniente” no sólo podría atribuirse a una determinación social o una libre elección individual, sino a la influencia ejercida por el entorno familiar y el conjunto de relaciones sociales que rodean al individuo.<sup>5</sup> Pero esta percepción,

---

<sup>4</sup> La sub-población estudiada está compuesta por todas las actas matrimoniales en las cuales el apellido del contrayente masculino comienza con las letras C, G o M. Del total de actas relevadas, 3633 fueron aptas para el análisis de las pautas matrimoniales de la población. Cerca de un medio millar de actas fueron descartadas por diferentes motivos (residencia fuera de la ciudad, ausencia de un domicilio exacto o bien por estar anuladas). Una revisión de la potencialidad de las fuentes nominales en Moya, 1996. Para el caso neuquino, y mas precisamente en lo que se refiere a las actas matrimoniales elaboradas por la Dirección Provincial de Registro Civil, pueden analizarse sus ventajas y desventajas en Perren, 2009.

<sup>5</sup> Esto significa que las modalidades de encuentro con la pareja se vinculan con formas de sociabilidad estrechamente emparentadas con el medio social de pertenencia (en el caso de las clases medias pueden ser universidades, locales de entrada selectiva o áreas residenciales compactas), de manera tal que la elección del cónyuge tiene lugar dentro de grupos social y culturalmente homogéneos (Cfr. Torrado, 2003: 227-228).

asimilable al concepto de *habitus* de Bourdieu (1987: 78), debe ponerse en juego dentro de un escenario que no siempre brinda las condiciones para que se haga realidad. La abundancia o escasez de los hombres o mujeres puede hacer que este anhelo quede recluido al campo de los deseos. Podríamos decir, entonces, que el matrimonio “implica un ámbito de sociabilidad compartido, la influencia de un mercado (cantidad de hombres y mujeres disponibles) y los valores puestos en juego por aquellos que eligen pareja” (Devoto, 2003: 329-330).

## **2. Una ciudad móvil en la Patagonia<sup>6</sup>**

Definido el propósito del trabajo, conviene que nos detengamos en el análisis del escenario en el cual se desarrollaron fenómenos que pretendemos estudiar. En este sentido, no sería exagerado afirmar que las nuevas provincias del sur argentino presentaban, a comienzos de la década de los sesenta, una débil ocupación del territorio que se traducía en enormes espacios deshabitados, interrumpidos ocasionalmente por alguna mancha de población (Bandieri, 2005: 257). Aun cuando los primeros proyectos de colonización se remontaban a los años que siguieron a la mal llamada “conquista del desierto”, sus resultados fueron extremadamente pobres. Para mediados del siglo XX, la Patagonia todavía presentaba como actividades predominantes a una ganadería extensiva, a una agricultura intensiva de oasis y a la extracción de hidrocarburos (Blanco y otros, 1997: 6-12). Esta orientación productiva colaboró muy poco en el fortalecimiento de un perfil urbano de la región. Antes bien, una mirada superficial nos permitía observar un puñado de ciudades que, en ningún caso, podían compararse con los tradicionales centros pampeanos.

La ciudad de Neuquén se ajustaba perfectamente a esta hoja de ruta. Aunque era la capital de la provincia del mismo nombre, su anatomía no se diferenciaba demasiado de la pequeña villa fundada en 1904. Alejada de las ciudades más pobladas de la Patagonia, constituía la cabecera de un espacio rural inmediato dedicado a la fruticultura y el asiento de un aparato burocrático cuyos brazos apenas se extendían sobre el territorio provincial. Ubicada en la periferia del Alto Valle del río Negro, su población se parecía mucho a la de otras ciudades de la región. Al igual que Cipolletti o General Roca -ambas ubicadas en la vecina provincia de Río Negro- una considerable población europea y sus descendientes conformaban el grueso de los propietarios de pequeñas parcelas dedicadas a la producción de fruta y el principal resorte del comercio local. Al mismo tiempo, una muy importante corriente originada en los valles de la novena región de

---

<sup>6</sup> Esta sección retoma y sintetiza ideas propuestas en Perren, 2009 y 2010.

Chile cumplía tareas de apoyo a la producción rural, pero también una variada gama de labores urbanas que requerían escasa calificación (Trpin, 2005: 19-29).

Pese su considerable avance durante la primera mitad del siglo XX, la población neuquina presentaba tasas de crecimiento menores a las del cinturón industrial bonaerense. Apartada de los proyectos industrialistas que habían remodelado la arquitectura demográfica argentina, la ciudad de Neuquén crecía gracias a un crecimiento vegetativo apenas positivo y a consolidarse como destino de un creciente contingente de migrantes del interior del territorio. Lejos habían quedado los años en los que la población neuquina se distribuía de forma equilibrada entre cada uno de sus espacios productivos. Con el deterioro de la ganadería que alimentaba a los mercados trasandinos, sujeta desde los años cuarenta a rigurosos controles fronterizos, el sector oriental de la población comenzó a ganar espacio frente a los departamentos recostados sobre los Andes (Bandieri, 2002: 253-283). De todos modos, este crecimiento, que llevó a la joven capital de los dos mil habitantes (1914) a los siete mil (1950), fue insignificante respecto al experimentó en las décadas siguientes (Vapnarsky y Pantelides, 1983).

El “desarrollismo” dio aire fresco a los periféricos distritos del sur argentino. El intento de desmontar el modelo agro-exportador y de erigir en su lugar una maquinaria industrial diversificada, impulsó la búsqueda de fuentes energéticas acordes con esta nueva meta. Una economía que, hasta allí, había mirado “hacia fuera” mostró un creciente interés por crear “polos de crecimiento”, que irradiarían su influencia al conjunto nacional (Romero, 2004: 150-154). Esta nueva sintonía ideológica, que valorizaba el papel planificador del Estado, tuvo a Neuquén como un escenario privilegiado. En ese contexto, la construcción de grandes represas para la producción de energía, articulada con la expansión en la explotación de hidrocarburos, benefició especialmente a la capital neuquina. Esto gracias a que diferentes autoridades provinciales propiciaron la radicación en la ciudad de aquellas empresas a cargo del usufructo de esos recursos, pero también porque la prestación de servicios a las mismas se concentró en su planta urbana (Kloster, 1991: 12). De esta forma, la edificación de una matriz estado-céntrica y la demanda de brazos que ella trajo aparejada fueron de vital importancia en la atracción de contingentes migratorios de diferentes procedencias, que constituyeron el nuevo motor de su desarrollo demográfico.

El deslizamiento desde una migración “por goteo” a otra masiva, no podría explicarse sin el concurso simultáneo de un decidido accionar oficial y del creciente perfil energético que adquirió la provincia de Neuquén durante el período analizado. En unos pocos años, esa localidad, que no se diferenciaba de sus vecinas, se transformó en una de las ciudades argentinas de mayor crecimiento durante

la segunda mitad del siglo XX. Entre 1960 y 1991, la población de la ciudad transitó de los veinticinco mil habitantes a una cifra próxima a los doscientos mil (INDEC, 1998: 15). Las viejas corrientes migratorias, todavía importantes, convivieron con un nuevo flujo que provenía de diferentes regiones argentinas como el conurbano bonaerense, Córdoba, Rosario y Mendoza. Mas allá que, durante la segunda mitad del siglo XX, el área pampeana conservó su primacía demográfica, eso no debería ocultar las interesantes transformaciones en el sistema de asentamiento. Bajo el efecto conjunto de una demanda laboral que avanzaba a un ritmo hasta entonces desconocido y de una reestructuración del mundo industrial, que quitaba el brillo de antaño a la economía bonaerense y a las antiguas ciudades intermedias, Neuquén se consolidó como un centro de servicios que atendía a una extensa zona metropolitana situada sobre la márgenes de los ríos Limay, Neuquén y Negro (Vapnarsky y Pantelides, 1987: 40). Resultado de ese proceso, su estructura demográfica experimentó un radical cambio: una población persistentemente joven y una creciente movilidad marcó los ritmos de una ciudad que abandonaba su perfil parroquiano para sumarse a una tendencia de alcance nacional.

Con una idea clara de las principales características del escenario neuquino, podemos formular algunos interrogantes que orientaran nuestras reflexiones: ¿Cuáles fueron las pautas matrimoniales seguidas por los migrantes en una sociedad de tan explosivo crecimiento? ¿Qué diferencias se registran entre el comportamiento nupcial de los distintos grupos migratorios y de la población local? ¿Cómo interactuaron el origen migratorio y lugar de residencia en el modelado de distintas pautas matrimoniales?

### **3. Los matrimonios en perspectiva**

Comencemos con un dato que emerge de un primer vistazo a las fuentes. Si bien el número de uniones matrimoniales es un indicio indirecto del comportamiento de la población, su evolución muestra una sincronía casi perfecta con el explosivo crecimiento de la capital neuquina. Las seiscientas actas relevadas para la década de 1960 se convierten en mil trescientas para la década siguiente y llegan a las mil setecientas en los ochenta. Al igual que la población neuquina, el crecimiento del número de casamientos fue vigoroso en los veinte años que siguieron a 1960, reduciendo levemente su velocidad en las cercanías a 1990. El aumento del número de habitantes y el incremento de los índices de nupcialidad sirven para explicar la mayor cantidad de matrimonios celebrados en las oficinas de registro civil de la capital provincial. Para encontrar las causas del menor crecimiento relativo de la década de 1980 es preciso sumergirnos en

los patrones de movilidad predominantes. Ese espacio que todavía conservaba su apariencia fronteriza era un escenario ideal para una forma de movilidad individual. Las consecuencias de las migraciones individuales son fácilmente deducibles: los primeros momentos de la oleada migratoria fueron testigos de un notable incremento de la oferta de potenciales contrayentes y, por ende, del número de enlaces. A medida que la “era de las grandes obras” concluía y la economía provincial reforzaba un rumbo ligado al sector terciario, el peso de las migraciones familiares fue *in crescendo*. Una demanda laboral que iba a la zaga de la oferta regional no sólo mejoró las condiciones salariales, sino hizo de Neuquén un destino donde era posible andamiar una trayectoria profesional de largo aliento. Esta situación, sumado al creciente número de uniones de hecho, nos ayuda a entender por qué encontramos un número de matrimonios menor al esperable: la ciudad prácticamente duplicó su población entre 1980 y 1991, pero la cantidad de registros relevados “sólo” se incrementó un 40%.<sup>7</sup>

La composición de las uniones de acuerdo al origen de los contrayentes merece un análisis específico. Cuando examinamos las actas correspondientes al periodo 1960-1990 descubrimos el enorme peso de aquellos matrimonios en los cuales uno de sus miembros había nacido fuera de la ciudad de Neuquén. Puede que un simple dato nos ilumine sobre una situación cercana al monopolio: el 92% de los matrimonios celebrados en el municipio neuquino mostraba a un migrante ya sea en el papel de novio o de novia (Cuadro 1). En caso de desdoblar el periodo en tres sub-periodos de diez años, veríamos que la fuerza de los no-neuquinos no experimentó cambios bruscos. La brecha que separaba a las parejas integradas por hombres y mujeres nacidas en la ciudad de Neuquén de aquellas formadas por al menos un migrante, lejos de acrecentarse con el paso del tiempo, pareciera estabilizarse en una proporción de 9 a 1. De todos modos, y afinando nuestra mirada al extremo, es posible observar algunas transformaciones mucho más sutiles. El mayor peso de las migraciones familiares, tan propio de los años ochenta, pareciera reflejarse en un leve descenso de los matrimonios celebrados entre migrantes y en la creciente participación de las uniones entre nativos. Aunque estas diferencias fueron menores, del orden del 6% en el primer caso y del 2% en el segundo, nos ponen frente al punto de partida de tendencias que tomaron impulso en los años siguientes. (Cuadro 1)

---

<sup>7</sup> Para 1991, primera fecha para la cual contamos con información fiable, existían, en el departamento Confluencia, 27.807 personas que estaban unidas de hecho. Esto representaba el 15% de la población mayor a 14 años. Quienes estaban unidos legalmente sumaban 77.558 (45%). El resto de la población se repartía entre separados, divorciados, viudos, pero especialmente “solteros nunca unidos” (53.717 y 30%) (DPECN, 1991: 72).



**Cuadro 1. Pautas matrimoniales de nativos y migrantes. Neuquén, 1960-1990 (porcentajes)**

Origen de los contrayentes	Década			Total
	60s	70s	80s	
Nativo-Nativa	7	7	9	8
Nativo-Migrante	15	12	14	14
Migrante-Nativa	16	22	20	20
Migrante-Migrante	62	59	56	58
Totales	100 (623)	100(1305)	100 (1705)	100 (3633)
Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.				

Los hombres y mujeres que dejaron constancia en las actas matrimoniales de haber nacido en una enorme variedad de lugares, son una prueba fehaciente del impacto que las migraciones han tenido en la joven capital neuquina. Si el peso de los migrantes dentro de la muestra de actas matrimoniales era considerable, ¿qué podríamos decir de la composición por orígenes de este universo de migrantes?

Como ya hemos comentado, confeccionar una clasificación en base al contraste nativos/no nativos suele ocultar mucho más de lo que efectivamente muestra. De ahí la importancia de diferenciar entre flujos internos y otros llegados de Chile, así como entre migraciones inter e intraprovinciales. Algo que, de inmediato, percibimos es el hecho de que la composición de los matrimonios replica en buena medida la distribución seguida por el conjunto de la población. En los años sesenta, cuando la provincia comenzaba a deshacerse de su herencia territorialiana, el flujo originado en el interior neuquino se destacaba por su importancia. Las comarcas cordilleranas, en franco retroceso desde los treinta, conformaban una reserva de brazos ideal para esa ciudad que se iniciaba en la senda del crecimiento económico. Para sostener este punto sólo hace falta decir que el 38% de los contrayentes habían registrado su nacimiento en algún punto de la provincia.

Las particularidades productivas de los departamentos cordilleranos también dejaron su huella en la proporción entre hombres y mujeres. Una economía rural, muy cercana al nivel de subsistencia, tuvo en la movilidad femenina un recurso de primer orden. Después de todo, el traslado de aquellos integrantes

alejados del mundo de la producción no sólo facilitaba la reproducción de estas unidades domésticas, sino inyectaba ingresos frescos por medio de remesas. No es casual que este grupo haya mostrado una menor relación de masculinidad que los restantes flujos migratorios. La década de 1960 es un buen lugar desde donde observar este fenómeno: mientras que los llegados de otras provincias o bien de Chile exhibieron cifras situadas por encima de 1, los migrantes neuquinos se encontraban bastante por debajo de este umbral (0,85).

En las décadas siguientes, el protagonismo de los migrantes llegados desde otras provincias argentinas fue en franco ascenso. En parte siguiendo un patrón de asentamiento que reforzaba el papel de las ciudades intermedias y en parte como resultado del acelerado despegue de la economía provincial, Neuquén se convirtió en un destino atractivo para una población proveniente de los escenarios de mayor desarrollo relativo del país. En los años sesenta, su participación en el total de enlaces, con un 22%, iba a la zaga de los migrantes neuquinos. Dos décadas después, esa participación había traspasado la barrera del 40%, consolidando su papel como principal conjunto migratorio. (Cuadro 2)

**Cuadro 2. Distribución de los contrayentes por origen. Neuquén, 1960-1990 (porcentajes)**

<b>Origen</b>	<b>60s</b>	<b>70s</b>	<b>80s</b>
Nativos	22	20	24
Otras Provincias	26	38	45
Interior neuquino	35	22	19
Chilenos	10	12	8
Otros	4	9	4
<b>Totales</b>	<b>100 (623)</b>	<b>100 (1305)</b>	<b>100 (1705)</b>
Nativos	23	28	29
Otras Provincias	19	29	37
Interior neuquino	41	24	20
Chilenos	10	11	11
Otros	7	7	4
<b>Totales</b>	<b>100 (623)</b>	<b>100 (1305)</b>	<b>100 (1705)</b>
<u>Fuente:</u> Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.			

Su creciente peso en el total de contrayentes, que fue simultáneo al montaje de una economía ligada a la provisión de recursos energéticos, convivió con una

tendencia hacia el equilibrio entre los sexos. De todos modos, y a diferencia de los migrantes del interior neuquino, entre quienes las mujeres eran mayoritarias, los llegados de otras provincias han mostrado un duradero predominio masculino. La década de los sesenta, por ejemplo, alojó una asimetría entre hombres y mujeres de alrededor del 40%, lo cual habla muy bien del impacto de la construcción al interior del mercado laboral neuquino, especialmente de los grandes proyectos hidroeléctricos (Cuadro 2). Los años setenta y ochenta fueron testigos de una creciente feminización de los episodios migratorios en general y de los originados en otras provincias en particular (Recchini y Mychaszula, 1991: 51-78). Esto puede ser explicado a partir del creciente peso de los traslados familiares, pero también por la importancia que fueron adquiriendo los mecanismos individuales de movilidad. La elevada correlación entre nivel educativo y participación en la actividad económica nos brinda algunas pistas al respecto. La inflación de credenciales que experimentaron los escenarios urbanos tradicionales hizo de Neuquén un seductor destino para jóvenes profesionales llegados de otros puntos del país. Los sistemas de salud y educación, áreas claves en la expansión del Estado provincial, fueron dos espacios que tuvieron a las mujeres como auténticas protagonistas, sobre todo a aquellas que ocupaban los escalones superiores de la estructura ocupacional. El creciente peso de las mujeres queda a la vista examinando el paulatino descenso de la relación de masculinidad al interior de las actas relevadas: una tasa de 1,40 para los sesenta se transformó, una década después, en 1,31, para ubicarse en los ochenta cerca de 1,20. (Cuadro 3)

A cierta distancia de los llegados de otras provincias y de los migrantes del interior neuquino, los chilenos exhibieron un comportamiento mucho más estable en el tiempo. Con una participación de alrededor del 10%, el flujo trasandino sólo experimentó un pequeño pico en la década de los setenta, justo

### Cuadro 3. Relación de masculinidad por origen. Neuquén, 1960-1990

Origen	60s	70s	80s
Nativos	0,93	0,70	0,82
Otras Provincias	1,40	1,31	1,23
Interior neuquino	0,85	0,91	0,95
Chilenos	1,05	1,05	0,75
Otros	0,95	1,18	1,11

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.

en el momento en el cual la construcción alcanzaba su mayor incidencia en el Producto Bruto Geográfico. De todas maneras, la singularidad del caso chileno no debería ser llevada al extremo. Al igual que los restantes grupos migratorios, el peso de las mujeres tuvo un decidido avance entre 1960 y 1990. En la décadas de los sesenta y los setenta cabían pocas dudas acerca del predominio de los hombres: entre quienes decidieron contraer nupcias, la relación de masculinidad se situaba en el orden de 1,05. Dos razones ayudan a entender un fenómeno que seguramente fue más intenso de lo que la documentación nos indica (como ya dijimos, las actas matrimoniales dejan de lado la abundante población temporal que seguía el calendario agrícola regional). Por un lado, un patrón de movilidad rural-rural, que abastecía de mano de obra a la producción frutícola, permitió el establecimiento de hombres que cumplieron con las variadas tareas rurales. Por el otro, la puesta en marcha de megaproyectos como la edificación de represas empujó los indicadores de masculinidad hacia arriba.

Los años ochenta, por su parte, fueron testigos de un drástico viraje en materia de patrones de asentamiento. Una economía menos dependiente de las grandes obras públicas prestó las bases para el reforzamiento de la presencia femenina. Así, una movilidad masculina e individual cedió su lugar a una movilidad familiar más afín a un establecimiento urbano y de largo plazo (Toutoundjian y Holubica, 1990: 18-19). Al mismo tiempo, el creciente peso del sector terciario facilitó la llegada de mujeres que se desempeñaron en la zona gris de la economía, especialmente en la prestación de servicios domésticos (Muñoz Villagrán, 2006: 103). Esta transformación, muy similar a la experimentada por los migrantes paraguayos en la ciudad de Buenos Aires (Benencia, 2003: 454-457), queda en evidencia observando la relación de hombres y mujeres al interior de las actas relevadas: en la década de 1980, la relación de masculinidad perforó la barrera de 100, ubicándose en las cercanías de 80. (Cuadro 3)

#### **4. Los migrantes y sus opciones matrimoniales en los inicios de una transición (década de 1960)**

Luego de este recorrido por la información contenida en las actas matrimoniales, estamos en condiciones de estudiar los enlaces en sí mismos. Esta inquietud, sin duda valiosa, nos traslada a una problemática que ha recibido una duradera atención académica: la integración de los migrantes en sociedades que experimentaron un acelerado proceso de transformación.<sup>8</sup>

El tratamiento de este nudo gordiano de la historiografía nacional podría

---

<sup>8</sup> Una excelente síntesis de los aportes realizados por diferentes autores a propósito del problema de la integración y su relación con las pautas matrimoniales en Devoto y Otero, 2003.

resumirse groseramente de la siguiente forma. Germani, en sus pioneros estudios sobre la Argentina de entre siglos (Germani, 1955, 1962 y 1963), defendía la hipótesis que los migrantes habían sido objeto de un rápido proceso de asimilación que tuvo como resultado una sociedad relativamente integrada. Una débil base demográfica, la fuerte presencia de hombres entre quienes arribaban al país y un deseo de estos últimos de protagonizar un acelerado fenómeno de movilidad social, fueron los insumos de una estrategia argumentativa que reforzaba la clásica imagen de “crisol de razas” (Devoto y Otero, 2004: 183-189). Los estudios que siguieron relativizaron las conclusiones del sociólogo italiano a partir de un minucioso examen de las pautas matrimoniales. Anclados en la idea del pluralismo cultural, estos trabajos vieron en la elección de contrayentes de un mismo origen nacional o regional un argumento a favor de la continuidad de pautas premigratorias (Szuchmann, 1977; Baily, 1980; Seefeld, 1986; Pagano y Oporto, 1986; Miguez y otros, 1990; Maluendres, 1991; Marquiegui, 1992; Silverstein, 1997 y Da Orden, 2005).

Ahora bien, ¿qué podríamos decir de un escenario que se encuentra alejado del epicentro de una discusión que por mucho tiempo desveló a los especialistas en estudios migratorios?

Para responder esta pregunta es necesario tomar un recaudo teórico fundamental. Sumergirnos en las pautas matrimoniales de los migrantes en la ciudad de Neuquén nos obliga a renunciar a los aspectos más doctrinarios de la polémica entre los defensores del “crisol de razas” y del “pluralismo cultural”. Es cierto que la joven capital provincial albergó, siempre en términos relativos, una enorme cantidad de migrantes, pero muy pocos de ellos estaban separados por un abismo cultural. Difícilmente podríamos referirnos a la experiencia neuquina, por lo menos en el periodo analizado, como un hervidero de idiomas, costumbres y religiones. Esta situación puede ser fácilmente corroborada por medio de una simple referencia al *stock* de extranjeros. A diferencia de otros escenarios argentinos, los migrantes europeos nunca alcanzaron un gran relieve y su participación ha experimentado un declive desde la segunda posguerra (DPECN, 1980: 6).

Un dato adicional puede ayudarnos a delimitar las particularidades del escenario que estamos examinando. Salvo el caso de los chilenos, cuya participación durante el periodo estudiado estuvo cercana al 10% de la población, el grueso de quienes decidieron establecerse en Neuquén era argentino. La instalación de este universo de migrantes no supuso la creación de espacios segregados o, usando términos de la sociología norteamericana, no dio origen a nada parecido

a un *ghetto*.<sup>9</sup> Advertimos, en todo caso, áreas donde algunos grupos migratorios estaban sobrerrepresentados y donde se estableció un núcleo de sociabilidades que bien pudo condicionar la elección de una pareja. Si algo demostramos en otros trabajos fue precisamente la elevada correlación entre la ocupación y la localización en el tejido urbano (Perren, 2007 y 2008). Así, los migrantes de mejor posición social tenían una mayor probabilidad de instalarse en las manzanas centrales, mientras que entre quienes se ubicaban en los peldaños inferiores de la pirámide ocupacional era más frecuente residir en los márgenes de la ciudad. Las implicancias de este enunciado para cada uno de los grupos migratorios son fáciles de imaginar: el grupo más centralizado mostraba mejores indicadores ocupacionales (los llegados de otras provincias) y los ligados a los empleos manuales tenían una fuerte presencia en la periferia (los chilenos y, en menor medida, los migrantes del interior provincial).

Tomando en consideración las particularidades del escenario neuquino, cabe interrogarnos acerca de la importancia de estas grandes pertenencias regionales a la hora de evaluar el comportamiento matrimonial de los migrantes. De una mirada superficial a las cifras correspondientes a la década de 1960 emerge un dato cristalino: la primera opción matrimonial, por más general que sea la clasificación utilizada, estuvo dada por sujetos del mismo origen macroregional. Como apreciamos con nitidez en el Cuadro 3, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, se conforma una diagonal que aloja en su interior a los valores más elevados. Esta situación puede explicarse echando mano a una multiplicidad de factores, no siempre excluyentes entre sí: el matrimonio pudo ser resultado del entramado de relaciones premigratorias, de la legalización de una pareja formada con anterioridad al traslado o, como vamos a desarrollar a continuación, ser la consecuencia de redes de vecinazgo u ocupacionales forjadas en la sociedad receptora (donde existían algunos grupos migratorios sobrerrepresentados) (Torres, 2006: 251-278).

---

<sup>9</sup> Existen dos acepciones para referirse a los grados de pluralismo: por un lado, la existencia de relaciones premigratorias (en este caso tiene sentido diferenciar a un cordobés de un bonaerense, por ejemplo); por el otro, la existencia de culturas diferentes (en este caso, desde luego no tiene sentido separarlos). Para el caso de las migraciones internacionales, desde Europa o desde países limítrofes, las dos acepciones se conjugan para explicar la integración de los recién llegados. Podemos explorar las cadenas migratorias que los condujeron al escenario de recepción, pero también las nuevas identidades que allí se van creando (es decir, que retoma pautas originales y dialoga con la sociedad donde esta inserta). En relación a los migrantes internos, tanto intra como inter provinciales, la referencia cultural es mucho menos fuerte (sólo encontramos un par de clubes de residente que terminaron por convertirse en espacios de ocio para el conjunto de la población, sin distinguir entre sus socios un origen migratorio definido).

Esto último es especialmente evidente en el caso de los migrantes llegados de diferentes provincias. Si bien a escala macroregional observamos una fuerte coincidencia, algo seguramente explicable por la fuerte centralización de este grupo, a escala provincial advertimos un panorama completamente distinto. Algo que, de inmediato, advertimos es el pobre papel desempeñado por las relaciones premigratorias, aspecto que podemos deducir a partir de la coincidencia de los distritos de nacimiento de los contrayentes: sólo uno de cada doce novios mostró algún tipo de endogamia a escala provincial, mientras que entre las mujeres lo hizo una de cada siete contrayentes (Cuadro 4). Este comportamiento exogámico nos habla muy bien de los mecanismos individuales de movilidad que, como dijimos, elevaron la razón de masculinidad, pero también del clivaje en materia de sociabilidad que el traslado supuso para quienes llegaron de diferentes provincias argentinas.

**Cuadro 4. Comportamiento matrimonial de los migrantes interprovinciales. Endogamia/exogamia a nivel provincial. Neuquén, décadas de 1960 y 1980**

Tipo	60s	80s
<b>Varones</b>		
Enlaces endogámicos	8,2	11,2
Enlaces exogámicos	91,8	88,8
Total	100 (219)	100 (630)
<b>Mujeres</b>		
Enlaces endogámicos	15,2	14,3
Enlaces exogámicos	84,8	85,7
Total	100 (118)	100 (488)
Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.		

El desequilibrio sexual que muestran algunos flujos migratorios pareciera haber dejado su huella en lo que a elecciones nupciales se refiere. Más allá que Neuquén no mostró las asimetrías que albergaron otros espacios de frontera, advertimos la existencia de un “mercado matrimonial descompensado”, alejado de la idílica imagen de libre concurrencia.<sup>10</sup> Los flujos con predominio femenino,

<sup>10</sup> El funcionamiento del mercado matrimonial se entiende primeramente depen-

como es el caso de los migrantes neuquinos, tuvieron a los hombres en mejores condiciones de contraer nupcias con una persona del mismo origen. Su relativa escasez, como es de imaginar, obligó a las mujeres a buscar alternativas entre otros grupos migratorios o bien entre los nacidos en la ciudad. Las corrientes que se ajustaron al modelo de una migración individual y masculina, en cambio, presentaron un comportamiento exactamente inverso. Los migrantes de otras provincias son quizás el ejemplo más claro de esta situación. Sólo el 37% de los varones de este origen tuvo una pareja de esa procedencia, mientras que entre las mujeres esa proporción trepó hasta el 48%. En este caso, el desequilibrio en favor de los hombres se tradujo en un comportamiento menos abierto por parte de las mujeres. Los migrantes trasandinos, en tanto, nos ponen frente a una “tercera vía”. Este flujo, que fue dueño de un leve predominio masculino, nos muestra una situación de virtual empate: tanto los hombres como las mujeres llegados del otro lado de los Andes mostraron el mismo porcentaje de endogamia nacional (44%).

La fuerte endogamia macroregional, siempre con las salvedades que introdujimos para el caso de los migrantes interprovinciales, nos obliga a detenernos en la segunda opción privilegiada por los diferentes grupos migratorios. Sólo de esta manera podríamos analizar las posibles relaciones entre las elecciones matrimoniales de los recién llegados y el lugar ocupado en el tablero urbano. Después de todo, si el traslado a la ciudad supuso un *turning point* en la trayectoria vital de los migrantes, no sería aventurado suponer la existencia de un diálogo entre diferentes segmentos de la población que tuvo a la proximidad como condicionante esencial. Y esta fluida comunicación pudo haberse reflejado a la hora de elegir pareja, máxime si tenemos en cuenta el desequilibrio entre sexos que evidenciaron algunos grupos migratorios.

Veamos qué sucede con aquellos segmentos de la población que mostraron una fuerte presencia en el centro de la ciudad. Recordemos que este cuadrante, dueño de una prolija grilla y de un sistema de diagonales, albergó al empleo no manual en general y a los peldaños superiores de la clasificación ocupacional en particular (Perren, 2007). Cuando analizamos los patrones residenciales de los principales grupos migratorios descubrimos allí una fuerte coincidencia habitacional entre quienes procedían de otras provincias argentinas y los nacidos en la ciudad. El origen mayoritariamente urbano de los primeros y el capital social

---

diente del equilibrio de la relación de masculinidad, en el supuesto que ese equilibrio (o desequilibrio) condiciona la posibilidad de entrar en unión (en este caso formales) en aquel sexo que se encuentra subrepresentado (o sobrerrepresentado) (Cfr. Torrado, 2003: 226).



de los segundos ayudan a entender su lugar en el mercado laboral y su comportamiento centralizado. Ambos elementos generaban las condiciones para lo que podríamos denominar un “crisol por arriba”, que tuvo al distrito central como escenario y a quienes se desempeñaban en los empleos más prestigiosos como protagonistas (Perren, 2009). La evidencia suministrada por las actas matrimoniales pareciera corroborar esta idea. Si bien el peso de los migrantes del interior provincial oscurece la observación de este fenómeno, los enlaces entre nativos y migrantes de otras provincias se destacaron por su importancia.

**Cuadro 5. Patrones matrimoniales por origen.  
Neuquén, 1960-1969 (porcentajes)**

<b>Hombres</b>						
<b>Novio</b>	<b>Novia</b>					
	<b>Nativos</b>	<b>Otras Provincias</b>	<b>Interior neuquino</b>	<b>Chilenos</b>	<b>Otros</b>	<b>Total</b>
<b>Nativos</b>	34	28	26	7	5	100 (137)
<b>Otras Provincias</b>	22	37	31	4	6	100 (216)
<b>Interior neuquino</b>	20	14	52	10	4	100 (166)
<b>Chilenos</b>	17	17	14	43	9	100 (65)
<b>Otros</b>	25	33	42	0	8	100 (36)
<b>Mujeres</b>						
<b>Novia</b>	<b>Novio</b>					
	<b>Nativos</b>	<b>Otras Provincias</b>	<b>Interior neuquino</b>	<b>Chilenos</b>	<b>Otros</b>	<b>Total</b>
<b>Nativos</b>	31	32	23	7	6	100 (148)
<b>Otras Provincias</b>	23	48	14	7	7	100 (163)
<b>Interior neuquino</b>	17	31	40	4	7	100 (213)
<b>Chilenos</b>	16	14	25	44	0	100 (63)
<b>Otros</b>	19	36	19	17	8	100 (36)
<b>Fuente:</b> Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.						

El comportamiento matrimonial de los migrantes de otras provincias, aunque no rompe con las líneas maestras señaladas, introduce algunos matices interesantes. Entre los hombres nacidos en la ciudad, la segunda opción matrimonial estaba constituida por migrantes de otras provincias (28%), describiendo un compor-

tamiento que era aun más evidente para las mujeres (32%). En este último caso, los nativos fueron inclusive desplazados del primer lugar por los migrantes de otras provincias. El bajo índice de masculinidad de la población nativa pareciera encajar perfectamente con el predominio masculino de los flujos interprovinciales. Que cerca de un tercio de las nativas eligiera un hombre de este último origen es una clara muestra de ello (Cuadro 5). La intensidad de los flujos originados en el interior neuquino, predominantemente femeninos, hicieron a las mujeres de este origen la segunda alternativa para los hombres llegados de diferentes distritos de Argentina. De todos modos, los enlaces que unieron a migrantes interprovinciales y a mujeres nacidas en la ciudad, lejos de ser insignificantes, llegaban a un quinto del total. Entre las mujeres, en cambio, los nativos constituyeron una opción de peso al punto de involucrar a un cuarto de las uniones que incluyeron a una migrante de otra provincia (Cuadro 5). Al mismo tiempo, y sumando algunos elementos al debate crisol y pluralismo cultural, vemos cómo ambos grupos, cuya presencia en el damero original era fuerte, mantuvieron baja exogamia con el grupo migratorio menos centralizado: los chilenos.

Si la ubicación en el tablero urbano es importante para comprender las relaciones tejidas por los migrantes, vale la pena sumergirnos en las pautas matrimoniales de los grupos menos centralizados. Los años sesenta fueron testigos de un proceso que tuvo a la periferia como telón de fondo: la formación de barrios. Estos espacios, que no siempre estuvieron asociados con criterios jurisdiccionales, fueron el resultado de relaciones “cara a cara” orientadas a resolver problemas cotidianos como la provisión de servicios básicos o la obtención de los títulos de propiedad. A diferencia de la prolija grilla del centro de la ciudad, encontramos allí un trazado irregular resultado de una ocupación espontánea del territorio. Esta particularidad terminó generando un funcionamiento de espaldas al resto de la ciudad. Con clubes, comisiones de fomento y bailes, los barrios fueron el sitio donde se hilvanó una sociabilidad que involucró a los sectores populares neuquinos.

En términos ocupacionales, al interior de este universo periférico distinguimos dos franjas. La primera de ellas, al este y al sur del centro, involucraba una importante cantidad de vecinos empleados en rubros menos prestigiosos y un puñado de habitantes que ocupaban los peldaños superiores de la estructura ocupacional. Allí encontramos algunos de los barrios más antiguos de la ciudad, muchos de los cuales habían servido de albergue a los sectores populares en las primeras décadas del siglo pasado. Mientras que en ese periodo habían albergado actividades relacionadas con la “mala vida”, siendo por ello una escala habitual de los discursos higienistas, en los primeros años de la provincia muy poco de

esa caracterización quedaba en pie. En los barrios *Mariano Moreno*, *Villa Florencia*, *Villa Farrell*, *Nuevo* y *Belgrano* nos topamos con “casas de material con agua y luz” que albergaban a una población formada por “obreros y empleados de empresas estatales, privadas y comercio”. Con una ausencia total de personas empleadas en el vértice superior de la pirámide profesional, los vecindarios nacidos a mediados del siglo XX constituían una segunda franja de la ecología urbana neuquina (Mapa 2). A cierta distancia de lo sucedido en el área de más antiguo asentamiento, en esta zona encontramos un significativo peso de los trabajadores menos calificados. A diferencia de las restantes áreas, mucho más consolidadas desde el punto de vista urbanístico, las áreas periféricas conservaron por mucho tiempo ese aroma a tierra ganada al campo. En cuanto a los orígenes de la población que habitaba en ambas áreas de la ciudad, debemos señalar la importante presencia relativa de los llegados del otro lado de la cordillera, así como también del interior provincial. El origen rural de ambas corrientes y la escasa instrucción de sus integrantes se tradujeron en una inserción en los peldaños inferiores de la estructura socio-ocupacional. Pero, ¿qué influencia tuvo esta realidad al momento de celebrar un matrimonio?

Comencemos por los migrantes del interior provincial. Su gran peso para los años sesenta y su relativa equidistribución posibilitó un comportamiento matrimonial variado, donde no se observa -más allá de una marcada endogamia regional- la predilección por algún grupo migratorio en particular. En el caso de los hombres, vemos que un quinto de los enlaces fueron concretados con alguien nacido en la ciudad de Neuquén. Este porcentaje, sin embargo, no se aleja demasiado de la proporción de matrimonios concretados con migrantes de otras provincias (14%) y con quienes llegaban del otro lado de los Andes (10%). Pero detrás de este comportamiento matrimonial, que a primera vista puede parecer exogámico, se ocultaba una “homogamia residencial”. Puede que algunos datos nos brinden indicios sobre la importancia de los espacios sociales forjados en la periferia. Seleccionemos, en primer lugar, al 60% de los hombres que declararon su domicilio en los barrios y vecindarios de la periferia. Prescindiendo del origen migratorio de las contrayentes, que albergaba un variado menú de opciones, nueve de cada diez residían en el primer y segundo anillo de la ecología urbana neuquina. Este dato brinda evidencia adicional sobre una hipótesis que planteamos en otro trabajo (Perren, 2008): los márgenes de la ciudad fueron el escenario de una fluida comunicación entre quienes ocupaban la base de la estructura ocupacional, sin importar demasiado el origen migratorio de sus habitantes.

Entre las mujeres llegadas del interior, predominantes dentro de esta corriente, es evidente una caída vertical de la endogamia regional. Como ya dijimos, la menor

cantidad de mujeres de este origen, resultado de una estrategia que mejoraba el margen de acción de las economías domésticas, se reflejó en un comportamiento bastante más abierto que los hombres de la misma procedencia. Y a diferencia de estos últimos, las mujeres nacidas en el interior provincial tuvieron como segunda opción matrimonial, con cerca de un tercio del total, a los migrantes interprovinciales. A una distancia considerable se ubicaban los matrimonios con nativos (17%) y, aun más lejos, los enlaces con chilenos que apenas llegaban al 4% (Cuadro 5). El elevado índice de masculinidad de los primeros y la relativa abundancia de mujeres solteras provenientes del interior neuquino nos permiten comprender el fuerte vínculo que unía a este par. Pero el importante número de enlaces no debería leerse a partir de la presencia de las migrantes neuquinas en el distrito central de la ciudad. Por el contrario, el 85% de ellas registraron su domicilio, al momento de contraer nupcias, en la periferia de la ciudad. Dentro de este universo, el 90% de los contrayentes masculinos estaban instalados en los dos anillos que rodeaban al trazado original. Parece evidente, entonces, que esta suerte de “crisol por debajo” no se redujo a la convivencia en determinados espacios de la ciudad, sino que además extendió su influencia al ámbito de la selección matrimonial.

Este recorrido no estaría completo de no revisar lo sucedido con el grupo migratorio menos centralizado: los chilenos. El relativo equilibrio entre sexos, siempre con una leve preponderancia masculina, colaboró para que hombres y mujeres hayan presentado un similar porcentaje de endogamia nacional. Entre los primeros no pareciera haber un grupo migratorio que se distinga por sobre los demás. Detrás del 43% de chilenos que tuvieron a compatriotas como primera opción matrimonial, se ubicaron quienes contrajeron nupcias con nativas (17%), con mujeres llegadas de otras provincias (17%) y con migrantes neuquinas (14%). De todos modos, y al igual que los migrantes del interior provincial, vemos cómo un comportamiento matrimonial relativamente abierto puede convivir sin problemas con una fuerte homogamia residencial. Algunos números pueden traer luz al respecto: nueve de cada diez chilenos registraban su domicilio fuera del centro de la ciudad y, dentro de este universo, el 85% se casaba con una mujer que habitaba en las mismas coordenadas urbanas.

La experiencia de las trasandinas que contrajeron matrimonio debería leerse con el mismo cristal. A simple vista, observamos una fuerte asociación con el otro grupo menos centralizado: un cuarto de las mujeres llegadas de Chile elegían una pareja del interior provincial. En caso de profundizar la mirada, incluyendo el domicilio de los contrayentes, detectaríamos -una vez más- la importancia de los vínculos creados en la sociedad receptora. Analicemos, por último, la ho-

mogamia residencial de las migrantes trasandinas. Al igual que los hombres, su asentamiento en el distrito central fue muy tenue: dos tercios de ellas registraron su domicilio en los barrios y vecindarios de la periferia de la ciudad. Al interior de este conjunto, mucho menos numeroso que los restantes casos, encontramos que cerca de 80% de los enlaces unieron a residentes de los anillos exteriores de la estructura urbana neuquina.

## **5. Origen migratorio y pautas matrimoniales en los ochenta**

El recorrido que realizamos por los años sesenta nos deja en mejores condiciones para enfrentar el desafío de descubrir lo sucedido en las siguientes décadas. Podríamos iniciar este apartado con una afirmación que, aunque general, no deja de ser cierta: aquellas líneas que comenzaban a dibujarse hacia mediados del siglo XX cobraron mayor nitidez conforme nos aproximamos a 1990. Con una economía especializada en la producción de energía y un Estado provincial que extendía sus brazos, Neuquén se convirtió en un destino migratorio masivo.

Frente a un escenario que ganaba en complejidad, la pregunta que deberíamos contestar es: ¿cómo estos cambios impactaron en los patrones matrimoniales seguidos por los migrantes de diferentes procedencias?

La década de 1980 es un buen punto desde donde chequear las tendencias de conjunto. Estos diez años podrían ser definidos, por lo menos en materia matrimonial, como una combinación entre cambios y continuidades. Las transformaciones más evidentes se relacionaron con algunos aspectos que mencionamos con anterioridad. El incremento en el número de enlaces, una tendencia hacia el equilibrio de sexos y el mayor peso de los flujos interprovinciales, fueron quizás los rasgos más distintivos de esta etapa. La fuerza de estas rupturas, sin embargo, no debería extremarse. Junto a estas tendencias, que se hacen fuertes en las cercanías de 1990, observamos algunas continuidades que parecieran atravesar a la segunda mitad del siglo XX. La más obvia de todas fue que los matrimonios celebrados entre personas del mismo origen regional siguieron siendo los más frecuentes, al punto de concentrar -en algunos casos- a más de la mitad de los enlaces estudiados.

El fuerte vínculo que unía a los grupos más centralizados desde el punto de vista espacial es una segunda constante. Al igual que en los sesenta, los nativos y los llegados de otras provincias formaron una sociedad que sorteó muy bien el paso del tiempo. De todos modos, debajo de este sustrato de continuidad, advertimos el creciente peso de los matrimonios celebrados entre contrayentes llegados de otras provincias. La transformación de los patrones de movilidad nos ayuda a comprender este fenómeno. En la década de 1960, las migraciones individuales

habían incrementado, especialmente entre los hombres, los matrimonios con otros grupos migratorios o bien con la población nativa. Para los ochenta, el efecto “llamada” y el traslado de jóvenes parejas ganaron en importancia. Que la proporción de enlaces entre personas del mismo origen provincial se haya incrementado en un 30%, siempre en comparación con la década de 1960, es una clara muestra de ello (Cuadro 4). Más allá de esta variación, la segunda opción matrimonial para quienes llegaban de otras provincias siguieron siendo los nativos. Las cifras que nos brindan las actas matrimoniales son muy claras al respecto: el 28% de los hombres y un 22% de las mujeres formalizaron sus uniones con una persona nacida en la ciudad. A una enorme distancia se encontraban los menos abundantes migrantes neuquinos y la aun más escasa población trasandina (Cuadro 6).

**Cuadro 6. Patrones matrimoniales por origen. Neuquén, 1980-1989 (porcentajes)**

<b>Hombres</b>						
<b>Novio</b>	<b>Novia</b>					
	<b>Nativos</b>	<b>Otras Provincias</b>	<b>Interior neuquino</b>	<b>Chilenos</b>	<b>Otros</b>	<b>Total</b>
<b>Nativos</b>						
<b>Otras Provincias</b>	39	34	19	6	1	100 (408)
<b>Interior neuquino</b>	28	45	15	8	3	100 (773)
<b>Chilenos</b>	25	29	31	12	3	100 (319)
<b>Otros</b>	17	17	19	46	1	100 (139)
	20	36	18	5	21	100 (66)
<b>Mujeres</b>						
<b>Novia</b>	<b>Novio</b>					
	<b>Nativos</b>	<b>Otras Provincias</b>	<b>Interior neuquino</b>	<b>Chilenos</b>	<b>Otros</b>	<b>Total</b>
<b>Nativos</b>	32	44	16	5	11	100 (498)
<b>Otras Provincias</b>	22	55	15	4	44	100 (626)
<b>Interior neuquino</b>	23	36	29	8	18	100 (333)
<b>Chilenos</b>	13	32	19	34	4	100 (191)
<b>Otros</b>	11	44	18	4	25	100 (57)
<b>Fuente:</b> Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.						

Si aisláramos a los nacidos en la ciudad, a quienes por comodidad llamamos nativos, notaríamos un comportamiento matrimonial que amplifica lo distinguido en el flujo originado en otras provincias. En el caso de los hombres, los enlaces con quienes llegaban de distintos puntos del país sumaban más de un tercio del total, ubicándose a una escasa distancia de los matrimonios con nativas que agrupaban el mayor número de uniones (39%). Estas líneas son todavía más nítidas entre las mujeres nacidas en la ciudad. Como las piezas de un *puzzle*, la relativa escasez de mujeres nativas y la elevada razón de masculinidad de los migrantes interprovinciales, se conjugan a la hora de explicar este persistente fenómeno. Esto es así al punto de que estos últimos fueron, por un amplio margen, la primera opción para las nacidas en la ciudad: mientras que un tercio de ellas contrajo nupcias con un nativo, el 44% de las mismas lo hizo con un llegado de otra provincia argentina (Cuadro 6).

Estas cifras nos permiten sostener que muchas de las tendencias observadas en los años sesenta se mantuvieron -y hasta cobraron impulso- en las décadas siguientes. Por más que la ciudad había multiplicado varias veces su población y había reforzado su papel como centro administrativo y económico de la provincia, los segmentos de la población más centralizados continuaron siendo los más relacionados en términos matrimoniales. Y las causas de esta situación seguían siendo las mismas: su inserción en los escalones superiores del empleo no manual los llevó a compartir un espacio de la ciudad y esto, como ya expresamos, permitió tejer una trama de relaciones que tuvo al matrimonio como posibilidad.

Si el crisol “por arriba” no perdió intensidad en los setenta y ochenta, ¿qué podríamos decir de los grupos migratorios que mayoritariamente residían en la nueva periferia?

Antes de iniciar este recorrido, deberíamos mencionar algunos cambios que sacudieron a los suburbios. Aquellos barrios y vecindarios que, en los primeros años de la provincia, estaban desconectados del tejido urbano, fueron objeto de una serie de mejoras, lo cual permitió el surgimiento de un área suburbana relativamente homogénea. De todos modos, una oferta de viviendas que iba a la zaga de la demanda, obligó a los recién llegados -especialmente los que lograban insertarse dentro del empleo manual- a instalarse en nuevas áreas de la ciudad que se encontraban desprovistas de los más básicos servicios. La década de 1980 presenció la aparición de una multitud de vecindarios que, por su precariedad en materia de infraestructura, fueron denominados “villas de emergencia”. En esta franja de tierra, que se encontraba por fuera de la antigua estructura de la ciudad y que conformaban un segundo anillo de la estructura urbana neuquina,

estuvieron sobrerrepresentados los migrantes, en especial los llegados de Chile y -en menor medida- quienes procedían del interior provincial. Estas novedades, sin embargo, no fueron un obstáculo para la continuidad de la tendencia que unía a los grupos espacialmente menos centralizados.

Más allá que los flujos originados en el interior neuquino perdieron el ímpetu de las décadas anteriores, vemos cómo las elecciones matrimoniales de sus integrantes no cambiaron de dirección. Al igual que en los sesenta, su mejor distribución al interior del espacio urbano hizo posible una amplia gama de opciones matrimoniales. Entre los varones de este origen observamos que la segunda opción matrimonial siguieron siendo las mujeres llegadas de otras provincias (29%), seguidas de cerca por las nativas que estuvieron presentes en un cuarto de las uniones (Cuadro 6). La fuerza de las migraciones interprovinciales se hace patente en el caso de las mujeres. Allí observamos cómo los migrantes de otros distritos argentinos se convirtieron, con un sorprendente 36%, en la primera opción para quienes llegaban del interior provincial, tomando distancia de los migrantes masculinos de similar procedencia (29%) y de la población nativa (23%). Este amplio menú de opciones, que debía quizás su variedad al hecho de que el origen no era relevante para los actores (como sí podría ocurrir entre un español y un italiano), ocultaba, sin embargo, un rasgo que advertimos cuando analizamos la década de los sesenta: los espacios compartidos en la ciudad resultan de gran utilidad para analizar el universo relacional de los migrantes.

Así como el origen regional de los migrantes -como elemento *a priori*- nos proporcionó algunas pistas sobre su inserción ocupacional, la localización en el tejido urbano se nos presenta como un elemento imprescindible cuando de elegir una pareja se trata. En este sentido, los barrios y vecindarios que se abrían paso en la periferia funcionaron como un sub-mercado matrimonial que tuvo a los estratos inferiores como protagonistas. Esta afirmación podría ser puesta a prueba si ubicáramos a los migrantes neuquinos debajo del microscopio. Comencemos por los hombres de ese origen. Sobre 284 contrayentes, cerca del 80% registró su domicilio fuera del centro o, lo que es igual, en alguno de los anillos exteriores de la ecología urbana. Y, al interior de este grupo, ocho de cada diez contrajeron nupcias con mujeres que residían en las mismas coordenadas. No muy diferente sería el panorama si posáramos nuestra mirada en alguna de las franjas periféricas en particular: algo más del 60% de los contrayentes masculinos del primer anillo formalizaron sus uniones con mujeres que habitaban en ese cuadrante de la ciudad; proporción que asciende al 80% en el caso de los barrios y vecindarios del segundo anillo (Cuadro 7).



**Cuadro 7. Homogamia residencial por origen (migrantes del interior provincial y chilenos). Neuquén, 1980-1989 (porcentajes)**

<b>Hombres</b>				
<b>Residencia de los conyuges</b>	<b>Interior Neuquino</b>		<b>Chilenos</b>	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
<b><u>Residentes de la ciudad:</u></b>				
Casados con:	79,2	79,7	86,8	83,3
Residentes Periféricos	20,8	20,3	13,2	16,7
Otros	100 (284)	100 (277)	100 (129)	100 (180)
Total				
<b><u>Residentes Periféricos:</u></b>				
Casados con:	83,1	84,6	89,2	86,0
Residentes Periféricos	16,9	15,4	10,8	14,0
Otros	100 (225)	100 (221)	100 (112)	100 (150)
Total				
<b><u>Residentes del Primer Anillo</u></b>				
Casados con:	62,7	85,2	64,2	60,4
Residentes Primer Anillo	37,3	14,8	35,8	39,6
Otros	100 (110)	100 (81)	100 (42)	100 (48)
Total				
<b><u>Residentes del Segundo Anillo</u></b>				
Casados con:	78,2	85,2	84,9	82,3
Residentes Segundo Anillo	21,8	14,8	15,1	17,7
Otros	100 (115)	100 (106)	100 (106)	100 (102)
Total				
<b>Fuente:</b> Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.				

¿Qué sucedía con las mujeres llegadas del interior provincial? Todavía dominantes dentro de este flujo migratorio, mostraron un comportamiento similar al de los varones. El grueso de ellas (cerca del 80%) se domiciliaba en los márgenes de la ciudad. Dentro de este universo, y reforzando lo que veíamos entre los

hombres, el 85% había formalizado su unión con alguien que habitaba en los anillos exteriores de la estructura urbana neuquina. Algo parecido ocurriría si concentráramos nuestra atención en cada uno de ellos. En ambos casos queda a la vista la importancia de los espacios compartidos al momento de elegir pareja: el 85% de las mujeres que habitaban en el primer y el segundo anillo contrajeron nupcias con personas que vivían en la misma franja de barrios (Cuadro 7). Lo cierto es que, más allá del variado comportamiento matrimonial de los migrantes neuquinos, la homogamia residencial fue una constante para todo el periodo estudiado.

El recorrido por la década de los ochenta no estaría completo si no hiciéramos una breve escala en las pautas matrimoniales de quienes llegaron de Chile. Siguiendo un patrón de larga tradición, que ya era visible en la década de 1960, los migrantes trasandinos presentaron una fuerte endogamia nacional. Este fenómeno es especialmente visible en el caso de los hombres: uno de cada dos migrantes se casaba con una mujer de la misma nacionalidad. En este caso, el traslado inicial de los hombres, relacionado con el desempeño de tareas frutícolas primero y con su inserción en el mundo de la construcción después, hizo las veces de vanguardia a una migración familiar de largo aliento. El creciente peso de esta forma de movilidad permitió opacar las antiguas migraciones individuales y temporales. El segundo lugar del *ranking* fue ocupado, con un quinto de los enlaces, por los migrantes del interior provincial. Aquí se observa a la perfección cómo los grupos menos centralizados tradujeron la cercanía espacial en afinidad matrimonial. Con un 17%, las migrantes de otras provincias y las nacidas en la ciudad completaban un cuadro en el cual el tamaño de la población no se reflejó automáticamente en las opciones nupciales (Cuadro 6).

Las mujeres llegadas de Chile presentaron algunas particularidades que las alejaron del comportamiento seguido por los hombres de ese origen. Su mayor peso dentro de la estructura demográfica neuquina y el creciente traslado de mujeres solas es importante para explicar su menor índice de endogamia nacional: si cerca de la mitad de los chilenos contrajeron nupcias con una compatriota; en el caso de las mujeres esa proporción sólo involucraba a un tercio (Cuadro 6). El evidente desequilibrio a favor de las mismas, fenómeno que se hizo fuerte en los ochenta, amplió el menú de opciones para las migrantes trasandinas. Los migrantes llegados de otras provincias, con un porcentaje superior al 30%, encabezaron este listado. No muy lejos se encontraban los nacidos en el interior de la provincia. Pese a su menor importancia dentro de la ciudad, no deja de llamar la atención el fluido diálogo que estos últimos tuvieron con el otro grupo migratorio menos centralizado. Para confirmar este punto, basta con decir que

uno de cada cinco enlaces protagonizado por chilenas tuvo a un migrante neuquino como contrayente.

Para concluir este apartado restaría responder: ¿cómo se comportó la homogamia residencial entre quienes llegaban del otro lado de los Andes?

La experiencia chilena, sobre este particular, no se diferencia demasiado de lo ocurrido con los migrantes neuquinos. La fuerza de las relaciones tejidas en la periferia de la ciudad se refleja a la perfección cuando analizamos las actas matrimoniales. Comencemos por los varones. El 86% de los mismos registró su domicilio, al momento de contraer nupcias, en el área suburbana de la capital. Y dentro de esa masa de migrantes, cuyo número se acerca al centenar, el 90% formalizó su pareja con una mujer que habitaba en cualquiera de las franjas exteriores de la ecología urbana neuquina. Si pudiéramos aislar cada uno de estos anillos veríamos una realidad rica en matices. Los barrios más cercanos al centro tuvieron una mayor comunicación con los restantes espacios de la ciudad: el 65% de los chilenos del primer anillo contrajo matrimonio con mujeres domiciliadas en las mismas coordenadas urbanas. En la nueva periferia, en cambio, la situación pareciera ser otra. Que cerca del 85% de los chilenos que la habitaban hayan encontrado una pareja que compartía este atributo es una buena señal de la fuerte segregación de los espacios sumados tardíamente a la marea urbanizadora neuquina (Cuadro 7).

Lo sucedido entre las mujeres debería ser ubicado en el mismo casillero. Su escasa centralización puede ser demostrada echando mano a los registros matrimoniales: ocho de cada diez chilenas vivía en los márgenes de la ciudad. Y, dentro de este universo de migrantes, el 86% contrajo nupcias con alguien que residía en los barrios y vecindarios de la periferia (Cuadro 7). Pero, como vimos con los hombres de similar origen, las diferentes franjas que dieron color a la estructura urbana de la ciudad fueron dueñas de algunas particularidades: si las migrantes transandinas del primer anillo alcanzaron una homogamia residencial apenas superior al 60%, para las que habitaban en la nueva periferia ese indicador trepaba hasta el 82%. Parece claro, entonces, que los barrios del primer anillo, más consolidados desde el punto de vista urbanístico, actuaron como espacios híbridos con un fuerte vínculo con el resto de la ciudad; mientras que el segundo anillo, cuya población mayoritariamente se empleaba en los peldaños inferiores de la estructura ocupacional, tuvo una vida autónoma, en gran medida replegada sobre sí misma.

## **6. A modo de cierre**

Luego de analizar las pautas matrimoniales de diferentes grupos migratorios, es importante que imaginemos a Neuquén como laboratorio donde evaluar la

capacidad explicativa de fórmulas de probada eficacia en otros escenarios. La particular distribución de la población dentro de la ciudad, nos permite matizar un supuesto defendido por los defensores del “pluralismo cultural”: la importancia que la interacción tenía en la elección de un destino en lugar de muchos otros. Esa valiosa preocupación presenta, desde nuestra óptica, un defecto: el estudio de la manera en las que las relaciones forjadas en los escenarios de partida eran trasplantadas a los espacios de recepción, restaba posibilidades de explorar las relaciones que los migrantes establecían con otros actores sociales. Así, un universo de relaciones pre-migratorias “fuertes” pasaba a las ciudades receptoras bajo la forma de redes compactas y escasamente conectadas con el exterior.

Aunque muy adecuada para describir el primer tramo de la experiencia migratoria, esta mirada muestra dificultades cuando nos sumergimos en procesos de más largo aliento. El estudio del caso neuquino, aunque alejado en tiempo y espacio del centro de la discusión, nos obligó a desechar ese supuesto. Como intentamos demostrar a lo largo de la obra, la trama de relaciones tejida en los lugares de llegada tuvo en la cercanía espacial uno de sus condicionantes básicos. De ahí que hayamos imaginado a la experiencia migratoria como un quiebre en la trayectoria vital del migrante: aunque las redes de paisanaje no se diluyeron en el nuevo contexto, no fueron el único recurso a disposición de los migrantes. La concentración espacial, lejos de ser el punto de llegada de sociabilidades basadas en la afinidad cultural, se comportaba como el punto de partida de procesos de interacción que no necesariamente estaban relacionados con el origen migratorio y que incluían como posibilidad al matrimonio.

Ahora bien, descartada la variante pluralista, ¿es posible pensar a Neuquén a partir de la idea de *melting pot*? Si esto significa el desarrollo de un proceso que dio lugar a una identidad neuquina única y excluyente, la respuesta es negativa. Pero si pensamos que algunas áreas de la ciudad funcionaron como espacios de intercambio cultural, la contestación puede adquirir un nuevo sentido. Como intentamos demostrar, los espacios que albergaban a los estratos inferiores de la clasificación ocupacional fueron objeto de un “crisol por debajo” que se encuentra en la base de la formación de los sectores populares neuquinos. Algo no muy diferente podríamos decir del área central de la ciudad. En esas manzanas, donde existía una fuerte concentración de los migrantes de otras provincias y una importante porción de la población nativa, es probable que haya funcionado un “crisol por arriba”. Es más, podríamos decir que el carácter dual de la ciudad, donde coexistieron diferentes procesos de intercambio cultural, podría leerse como una forma de “pluralismo social”, usando la inteligente metáfora de Devoto (2003: 234).

## **Bibliografía**

- Baily, S. (1980). Marriage patterns and immigrant assimilation, in Buenos Aires, 1882-1923. *Hispanic American History Review*, vol. 6, n° 1.
- Bandieri, S. (2002). La persistencia de los antiguos circuitos mercantiles en los Andes meridionales. En: R. Mandrini y C. Paz (comp.). *La frontera hispano-criolla del mundo indígena latinoamericano en los S. XVII y XIX*. Tandil: IEHS-CEHIR.
- Bandieri, S. (2005). *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Benencia, R. (2003). La migración limítrofe. En: F. Devoto. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Blanco, G. y otros. (1997). *Neuquén: 40 años de vida institucional*. Neuquén: CEHiR-COPAIDE.
- Bourdieu, P. (1987). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Da Orden, L. (2005). *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina Moderna. Una mirada desde Mar del Plata*. Buenos Aires: Biblos. Colección La Argentina Plural.
- Devoto, F. (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, F. y Otero, H. (2003). Veinte años después. Una lectura sobre el crisol de razas, el pluralismo cultural y la historia nacional en la historiográfica argentina. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 17, n° 50.
- Dirección Provincial de Estadística y Censos (1980). *La población de la provincia de Neuquén 1885-1980. Distribución territorial, origen y estructura etaria*, Neuquén.
- Dirección Provincial de Estadística y Censos (1991). *Información por departamentos*. Neuquén: Serie Demografía.
- Germani, G. (1955). *Estructura social en la Argentina*. Buenos Aires: Raigal.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Germani, G. (1963). Asimilación de inmigrantes en el medio urbano: notas metodológicas. *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, n° 2.
- Instituto Nacional de Estadística y Censo (INDEC) (1998). *Situación Demográfica de la provincia del Neuquén*. Análisis demográfico, serie 12. Buenos Aires.
- Kloster, E. (1991). Migración y trabajo femenino en una ciudad de crecimiento acelerado. *Boletín Geográfico*, n° 8.
- Maluendres, S. (1991). Los inmigrantes y sus hijos ante el matrimonio: un estudio comparativo entre alemanes de Rusia, españoles e italianos en Guatrache, La Pampa. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 18.

- Marquegui, N. (1992). Revisando el debate sobre la conducta matrimonial de los extranjeros. Un estudio a partir del caso de los españoles y franceses en Lujan, 1880-1920. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 20.
- Miguez, E., et. al. (1990). Hasta que la Argentina nos una: reconsiderando las pautas matrimoniales de los inmigrantes, el crisol de razas y el pluralismo cultural. *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, n° 4.
- Moya, J. (1996). La Historia Social, el método nominativo, y el estudio de las migraciones. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 11, n° 33.
- Muñoz Villagran, J. (2005). *Los chilenos en Neuquén-Argentina...idas y venidas*. Neuquén: EDUCO.
- Pagano, N. y Oporto, M. (1986). La conducta endogamia de los grupos migrantes: pautas matrimoniales de los inmigrantes italianos en el barrio de la Boca. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 4.
- Perren, J. (2007). Destino: Neuquén. Migraciones y patrones residenciales en la Norpatagonia (1960-1970). *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos Segretti*, n° 6.
- Perren, J. (2008). Migraciones y patrones residenciales en el Neuquén aluvional (1970-1991). *Estudios migratorios*, año 21, n° 63.
- Perren, J. (2009). *Itinerarios migratorios. Integración en el Neuquén aluvional (1990-1991)*. Tesis Doctoral, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, inédita.
- Perren, J. (2010). Estructura urbana, mercado laboral y migraciones. Una aproximación al fenómeno de la segregación en una ciudad de la Patagonia (Neuquén: 1960-1990). *Revista Miradas en Movimiento*. Espacio de Estudios Migratorios, vol. 4.
- Perren, J. (2011). Segregación residencial socioeconómica en una ciudad de la Patagonia. Una aproximación al caso de Neuquén (1991). *Revista Estudios Socioterritoriales*, n° 10.
- Perren, J. (2012). Diferenciación socio-residencial en la Patagonia. Una exploración desde la historia (Neuquén, 1991). *Revista del Archivo Histórico de Córdoba*, n° 6. (en prensa).
- Recchini de Lattes, Z. y Mychaszula, S (1991). Heterogeneidad de la migración y participación laboral femenina en una ciudad de tamaño intermedio. *Estudios del trabajo*, n° 2, pp. 51-78.
- Romero, L. A. (2004). *Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Seefeld, R. (1986). La integración social de los extranjeros según sus pautas de matrimonio, ¿Pluralismo o crisol de razas? *Estudios Migratorios*

*Latinoamericanos*, nº 2.

- Silverstein, C. (1997). Mas allá del crisol: matrimonios, estrategias familiares y redes sociales en dos generaciones de italianos y españoles (Rosario: 1885-1925). *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, nº 28.
- Szchumann, M. (1977). The limits of melting pot in urban Argentina: marriage and integration in Córdoba, 1869-1909. *Hispanic American Historical Review*, vol. 57, nº 1.
- Torrado, S. (2003). *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Torrado, S. (2007). Transición de la nupcialidad. Dinámica del mercado matrimonial. En: S. Torrado (comp.) *Una historia social del siglo XX. Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario*, Buenos Aires: Edhasa. Tomo I.
- Torres, S. (2006). Grupos migratorios y relaciones identitarias en algunos centros urbanos patagónicos. En: Bandieri, S. y otras (Dir.). *Hecho en Patagonia. La historia en perspectiva regional*. Neuquén: CEHiR-EDUCO.
- Toutoundjian, B. y Holubica, S. (1990). *Estudio de la inmigración interna e interna en la Provincia de Neuquén*. Buenos Aires: CFI.
- Trpin, V. (2004). *Aprender a ser chilenos. Identidad, trabajo y residencia de migrantes en el Alto Valle de Río Negro*. Buenos Aires: IDES.
- Vapñarsky, C. y Pantelaides, E. (1983). *Los pueblos del Norte de la Patagonia 1789-1957*. General Roca: Editorial de la Patagonia.
- Vapñarsky, C. y Pantelaides, E. (1987). *La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle*. Buenos Aires: CEUR.

Recibido: 19/05/10 Aprobado:17/05/12